

# The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal

---

Volume 4  
Issue 1 *Spring-Summer 2013*

Article 9

---

2013

## Yolombó y su marquesa: antípodas de la noción exclusivista de los estudios nortransatlánticos

Arturo Ortiz  
Arturo.Ortiz@lr.edu

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.georgiasouthern.edu/thecoastalreview>

---

### Recommended Citation

Ortiz, Arturo (2013) "Yolombó y su marquesa: antípodas de la noción exclusivista de los estudios nortransatlánticos," *The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal*: Vol. 4: Iss. 1, Article 9.

DOI: 10.20429/cr.2013.040110

Available at: <https://digitalcommons.georgiasouthern.edu/thecoastalreview/vol4/iss1/9>

This article is brought to you for free and open access by the Journals at Digital Commons@Georgia Southern. It has been accepted for inclusion in The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal by an authorized administrator of Digital Commons@Georgia Southern. For more information, please contact [digitalcommons@georgiasouthern.edu](mailto:digitalcommons@georgiasouthern.edu).

## Yolombó y su marquesa: antípodas de la noción exclusivista de los estudios nortransatlánticos

Arturo Ortiz  
Lenoir-Rhyne University  
Hickory, NC, USA

### Abstract

Relatively, until the discovery of *America*, the Atlantic Ocean was unknown to Europe, but in the last fifty years it has become the *centre* of the Western civilization, especially the north corner of the Ocean, the North Atlantic. This selective *centre* includes at least half a dozen countries, Canada, USA, England, France, Holland and Germany. The purpose of this article is to demonstrate that the Atlantic Ocean is more complicated and much larger. La Marquesa the Yolombó is the counterpoint of this notion of exclusion, for three centuries, from the Caribbean sea almost all the wealth of the Spanish empire went to Europe. The *North Atlantic Civilization* also forgets Brazil and Africa, without the slave trade and the slave labour, such northern countries would not have accumulated the wealth that propelled the Industrial Revolution and modernity itself.

La multiplicidad de personajes, la ubicuidad escénica y el dinamismo temporal de La Marquesa de Yolombó se los puede proponer como antípodas de los excluyentes estudios nortransatlánticos, hoy muy notorios, muy propagados y aceptados, sobre todo, por un gran número de intelectuales del *primer mundo*. En realidad, el objetivo de dichos estudios, no es una interpretación imparcial de la cultura occidental sino que contienen un fin geopolítico bien definido, lo cual nos induce a oír que la primera nota del contrapunteo nace de una pregunta primordial doble que compele a formularnos también un discurso geopolítico; pero el nuestro se despoja de sectarismos antidemocráticos y, por ende, es mucho más abarcador; su designio es el de incluir la presencia visible de los *otros atlánticos* y la de las *otras orillas e islas*: ¿dónde empieza y dónde termina la inmensidad del Océano Atlántico y sus infinitas playas? Si consideráramos los parámetros temporales, surgiría otra pregunta dual y muy significativa: ¿desde cuándo se inicia la importancia atlántica y a quiénes siempre les ha beneficiado su importancia? Por último, la consecuencia lógica de estas incógnitas nos dirige hacia el laberinto de una tercera pregunta: ¿qué grupo tendría la prioridad en el espacio geo-interatlántico, el americano, el africano, el europeo, o su intrincada e irreversible hibridación etno-cultural? Entonces, el propósito de nuestro trabajo sería el de dilucidar las interpelaciones que nos hemos planteado compaginándolas con las interpretaciones de la lectura cultural que le daremos a la mencionada novela de Tomás Carrasquilla.

Al cuestionar la parcialización del espacio atlántico, advertimos que el objetivo aberrante de los estudios nortransatlánticos es el de preterir, el de no valorar o, al menos, el de ignorar la complicadísima evolución ontológica que se ha gestado desde tiempos inmemoriales en la amplitud de dicha área anfibia. También reparamos que propone restringir toda su inconmensurabilidad en un espacio relativamente pequeño y muy cercano al Polo Norte, entre el litoral estadounidense—canadiense y el litoral

noreuropeo, justo donde están localizados los actuales centros hegemónicos de Occidente; los descubridores ibéricos quedan totalmente excluidos del nuevo *club*. Este imprudente *apartheid* acuático—terrestre, que comienza a tener auge en la última década del siglo XX, no sólo es retrógrado y prejuicioso para la comunidad planetaria, sino que va en detrimento directo de los mismos principios democráticos de los cuales Occidente se jacta de ser su progenitor y su eximio exponente ante el mundo; segregación prosaica que es la antítesis del mismo concepto globalizador que, desde el fin de la *guerra fría*, el neocapitalismo propaga y propugna como su nuevo credo geopolítico; cuya diseminación meticulosa va con el sello de la modernización y se la realiza insistente y subrepticamente desde enclaves estratégicos, y utiliza una calculada y escamoteada simbología sistemática, totalizadora, agresiva y, en varias ocasiones, violenta. La abstrusa y absurda fragmentación del Atlántico se torna aún más polémica si sopesamos la inclusión de los recientes grupos humanos que comenzaron a surcarlo desde 1492: unos en calidad de amos; otros en calidad de esclavos; y otros, simplemente, como inmigrantes. Desde entonces, el Atlántico pasó a ser, ineluctablemente, el puente acuático atemporal *per se* por donde han cruzado hasta nuestros días, a casi todos los rincones del orbe, las inescrupulosas aventuras *descubridoras* y conquistadoras de Occidente.

Esta irrefutable realidad socio—histórica nos induce a repeler cualquier teoría simplista que se fundamente o se ampare en ligeras conclusiones teleológicas *incuestionables* o en taxonomías seudocientíficas que por siglos han seguido el orden y la orden de clarísimas articulaciones epistemológicas eurocéntricas ufanas, lejanas y muy ajenas al desconocido acervo cognoscitivo y cultural del *otro*, es decir, del Sísifo moderno, el hijo putativo de Occidente que permanece relegado en la periferia con su reiterada miseria a cuestas. Aunque no estemos de acuerdo con Alfonso Reyes, en algo tendrá razón cuando comenta: “Llegada tarde al banquete de la civilización europea, nuestra América vive saltando etapas” (414). Los planteamientos nortransatlánticos, como imitando al terco Cristóbal Colón, ficcionalizan también la realidad (Pastor 45-64), se apoyan en flagrantes sofismas que se desintegran por sus propias aporías; en definitiva no son más que nociones geopolíticas camufladas en postulados ya desacreditados que, omniscientemente, pretenden acotar, aunque sea en sentido metafórico, metonímico o alegórico, la inconmensurabilidad interatlántica con el único propósito de minimizar las complicadas vicisitudes humanas para borrar así de la memoria colectiva el innegable aporte cultural y la no despreciable participación del trabajo forzado del subalterno en el desarrollo del capitalismo y en los diversos avances tecnológicos que conllevaba la modernidad prístina. ¿O es que aún se le da la razón al clásico Aristóteles?:

Algunos seres, desde el momento en que nacen, están destinados, unos a obedecer, otros a mandar; [...] Esta es una condición que la naturaleza impone [...] Cuando es uno inferior a sus semejantes, [...] se es esclavo por naturaleza, [...] es evidente que los unos son naturalmente libres y los otros naturalmente esclavos; [...] es la naturaleza la que los ha hecho tales” (12-16).

Poco sabemos de las relaciones que el americano primario sostenía con el Atlántico; sin embargo, Carlos Fuentes insiste en un aporte cultural azteca determinante: “Quetzalcóatl iba a regresar. La profecía del dios rubio y barbado iba a convertirse en realidad. [...] desde el oriente se habían acercado casas flotantes, los dioses habían regresado. La profecía se había cumplido” (116-118). De pronto, toda la antiquísima cosmogonía azteca arrostró el inicio brutal e inesperado de la avasalladora realidad socio—económica transatlántica: el desembarco expansionista de los primeros conquistadores occidentales en las arenas tórridas de las costas atlánticas de la América morena. De su parte, Charles C. Mann, nos advierte con perspicacia:

Anyone who attempts to write or even speak about the original inhabitants of the Americas quickly runs into terminological quicksand. And the attempt to extricate writer and reader by being logical and sensitive often ends with both parties sucked deeper into the mire” (387).

Nuestra exégesis histórico—cultural está directamente vinculada a La Marquesa de Yolombó. Su perspectiva caribeña—transatlántica es la contrapartida del sectarista discurso nortransatlántico. Desde su *locus* antioqueño, los hilos narrativos unidos a la acción de sus personajes se mezclan para proyectarse centrifugamente, vía Cartagena de Indias, hacia las distantes orillas ibéricas, pero sin obliterar su punto natal: Yolombó es el eje identitario que nunca se ausencia de la novela. La finalidad del narrador es llegar al núcleo discursivo peninsular y allí bruñir la opacidad de lo local, sólo así sobresaldría Yolombó en el mismo centro imperial. Por consiguiente, me parece tan sugerente el título del tercer acápite, “La Marquesa y su ámbito”, del libro de Jaime Mejía Luque, en cuyas páginas el crítico observa:

En La Marquesa de Yolombó el escritor llega a la cúspide, [...] hasta la última frontera de sus posibilidades, [...] no de su talento, sino de aquel tipo de imaginación que fue la suya: una estructura de lo imaginario de las condiciones de la historia que vivió y en la que se forjaron su mundo y su lenguaje (60).

La realidad estético—cultural, tanto de la novela que analizamos como la de la historia del ser continental, indican que la inmensidad geoatlántica pertenece a innumerables personajes, espacios y tiempos. Aunque haya habido sucesivos cambios y expansiones imperiales, no hay justificación suficiente como para silenciar, cambiar u olvidar ningún espacio oceánico o terrestre, ni mucho menos hacer caso omiso de la múltiple evolución ontológica de sus habitantes. Sin ni siquiera mencionar la historia del *otro*, el neodiscurso nortransatlántico se atreve a reinventar imaginarios y a trazar segregaciones geomarítimas para facilitar las manipulaciones y las agresiones socio—económicas que subyacen en sus planteamientos con el único fin de subsumir y resumir subrepticamente las múltiples culturas en la quijotesca cultura universal, claro está, bajo el ritmo pendular de la indiscutible e unisona cultura de Occidente. El afro-británico Paul Gilroy fue uno de los primeros en denunciar con mucho acierto el arrogante blanqueamiento del Atlántico Norte cuando en 1993 publicó su libro “The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness”. No obstante, su estudio conspicuo y elocuente, es deplorablemente, también olvida los *otros atlánticos*; se concentra y se estanca en las aguas frías que comunican a Europa del Norte con los

Estados Unidos y el Canadá; sólo de soslayo menciona a África y al Caribe, pero el de habla inglesa.

La marquesa de Yolombó es el antípoda de la ideología selectiva nortransatlántica. En un ámbito acuático—terrestre tan amplio como el que baña el Atlántico, la diversidad es inevitable y es concomitante con su hibridación etno—cultural, peculiaridad que legitima su heterogeneidad y hace que su reductibilidad sea absurda. Si reconocemos estas premisas, ningún *locus* podría ser superior ni inferior, mucho menos, podría surgir un *club* de países o etnias auto-escogidos o predestinados a permanecer en la cúspide, sea cual fuere la índole de ésta. Los comentarios de Merediz y Gerassi-Navarro sobre el libro polémico de Bernard Baily, Atlantic History, son muy válidos y revela que: “[...] el controvertido tema de la raza, el tráfico de esclavos, y la relación con Africa y con los africanos, quedan excluidos en esta suerte de *Atlántico Blanco* enraizado en la guerra fría” (606). Es decir, el historiador estadounidense propone arrumar en el patio trasero del impositivo, cual si fuese un trasto viejo e inservible, la incuestionable deuda de explotación que tiene el mundo occidental con el *otro*; es ostensible que al profesor Baily tampoco le importa la heterogeneidad humana y lingüística ni los milenarios avatares histórico-culturales del inmenso e híbrido mundo geo-transatlántico, muy superior al reducido, mezquino y álgido lago nortransatlántico que, además, depende de las corrientes cálidas del Atlántico caribeño.

La prosa de Tomás Carrasquilla se eleva a su cenit con La Marquesa de Yolombó: recrea un mundo concreto casi olvidado. Al autor no le incumbe mucho la universalización de su mamotreto (así llamó él mismo a su novela), sino que, quizás sin proponérselo, convierte a Yolombó en una parte imprescindible e indivisible de la multiplicidad interatlántica, pues, su oro colonial es inmanente al tráfico marítimo Cartagena de Indias—España. No obstante, estamos ante un innato novelista *sui generis*: él se mantuvo siempre independiente de todo y de todos; no se ajustó a preceptos de ninguna escuela ni se sometió a gustos de ningún movimiento literario; la incontenible sensibilidad modernista apenas pudo rozarlo. Por décadas la crítica se equivocó y reiteradamente reificó al antioqueño como un escritor costumbrista; ni la publicación de La Marquesa de Yolombó, en 1928, pudo borrarle este estigma: la crítica se mantuvo inmutable, no reparó que la estructura narrativa de esta novela fuese distinta a las anteriores. Su mundo novelesco, sin alejarse nunca del terruño, se dirigía hacia otros horizontes; de ninguna manera se enquistó dentro del marco costumbrista; se independizó de las fórmulas realistas ochocentistas; y no sería arriesgado inferir que el autor repelió inconscientemente su propia narrativa previa para aproximarse más a la sensibilidad vanguardista latinoamericana. La Marquesa de Yolombó dista mucho del contexto y de las técnicas escriturales de la novela tradicional. Yolombó no es réplica de ningún otro escenario carrasquillesco; rebasa sus propias fronteras narrativas por vía de la historia, de lo íntimo y de la imaginación. Aunque Yolombó sea el núcleo escénico de la novela, su protagonista durante toda su vida siempre sueña con cruzar el Atlántico para conocer en persona a su idealizado monarca y así vivir de cerca las experiencias de las estructuras imperiales: parece que los espacios utópicos se hubiesen invertido, ahora se trata de la típica utopía exógena del subordinado o de colonizado: el centro imperial es el paraíso perdido.

La Marquesa de Yolombó, de cierta forma, logra distanciarse de la estética y de la dramatización de Occidente. Experimenta diferentes tejidos narrativos, temporales y espaciales. La novela carece en su mayor parte de los tradicionales cuadros de costumbre y de la duplicación fidedigna de la realidad; evita el lenguaje mimético y la exagerada caracterización de personajes representativos de seudorealidades. Sin duda, utiliza algo del contexto, pero no lo copia ni lo reproduce; lo metamorfosea para buscar una especie de quintaesencia humana para hallar lo que esconde la realidad, no lo que ella representa ni mucho menos lo que ella es, sino esa realidad renuente que sólo la percibe y la descifra la intuición. Ya en 1950, Enrique Anderson Imbert, con la agudeza que lo distingue, se percató de que “hubo quienes creyeron que sus novelas, escritas de 1896 a 1935, eran rasgos fuera de moda” (181). Y más adelante, en el mismo estudio, el argentino deja abierto un diálogo algo sugestivo para la posteridad: “Posibilidad de gran novela podríamos, por lo menos, llamar a La Marquesa de Yolombó, está más cerca de las novelas artísticas del novecentismo que del pedestre realismo ochocentismo” (182).

Si se le diese una lectura superficial a La Marquesa de Yolombó, parecería pertenecer a un escritor descuidado; mas si la lectura es detenida aparecerá el novelista reformador y algo adelantado a su propia época, puesto que la transgresión, el cambio, la irreverencia y la ruptura, a ultranza, son atributos de nuestros vanguardistas. Junto a estos escritores, Tomás Carrasquilla contribuyó a descubrir el estrecho dudoso por donde cruzarían los escritores de las futuras generaciones hacia un océano narrativo nunca antes imaginado en el continente mestizo. Elizabeth Martínez ha acertado con precisión al observar lo siguiente: “More and more contemporary writers, like Vargas Llosa, are beginning to acknowledge the influence on them of Vanguardia narrativa” (12).

Los hilos narrativos de la novela, más que enredarse en la pequeñez de una delimitación territorial, se entretajan con un mundo exterior marítimo—terrestre mucho más amplio y complejo, no imaginado ni inventado por los personajes ni desconocido para ellos, sino muy real porque ellos son inherentes a la multiplicidad atlántica. Al reconstruir en su novela la vida colonial yolombera al borde de la Independencia, el antioqueño sumerge la acción narrativa en el moribundo discurso imperial con el propósito de remarcar que lo que sucede en la rica Yolombó tiene resonancia inmediata en el Atlántico y viceversa. Aunque la libertad de cultos y el mercado libre ya se habían infiltrado en el imaginario criollo, la Marquesa sigue enclaustrada dentro de los infranqueables parámetros ideológicos monárquicos e interpreta el nuevo concepto socio—económico como una rebeldía contra el Rey y la religión; conserva sus valores tradicionales y, convencida de sus preceptos, acusa con inquina al inglés de ser hereje, pirata y comerciante inmoral porque ayuda a burlar las aduanas reales: “Los ingleses no pueden ser buenos porque son herejes y desconocen al Papa, son piratas y contrabandistas” (411). Respecto a lo de pirata, sí se podría ser aquiescente con la Marquesa, pues, fueron los ingleses quienes iniciaron la piratería noreuropea en el Caribe, bastaría con nombrar al terrorista Sir Francis Drake; pero, como todo depende del color del cristal con que mire, el pirata aún es un héroe nacional en Inglaterra. Germán Arciniegas nos informa, en Biografía del Caribe, que cuando él fue a la isla se quedó petrificado cuando le “mostraron en Londres una mesa *donde la reina Isabel se*

*honró comiendo con Drake*” (112). Y en la misma página comenta que hasta en Offenburg, Alemania, se le venera: “Allí se levanta una estatua con esta descripción: A Sir Francis Drake, que introdujo a Europa la papa. A. D. 1586. Todo esto es interesante porque enseña cómo la historia es de dos colores.” (Los subrayados pertenecen a Arciniegas).

Los cambios socio—políticos del centro tampoco son extraños en Yolombó. A través del Atlántico llegan las noticias de los acontecimientos europeos más recientes. Los yolomberos realistas se sienten muy consternados al enterarse de los desenvolvimientos sangrientos de la Revolución Francesa, principalmente, se horrorizan al saber que Luis XVI ha sido guillotinado: “Se han recibido de la Metrópolis terribles nuevas. Los republicanos han cortado la cabeza de su legítimo Rey, pariente y aliado de su Majestad” (444). Y están de acuerdo con la ideología imperial cuando se enteran que “el Rey ha declarado la guerra a esa República regicida” (444). Pero es evidente que lo que necesita el monarca español es el oro de sus dominios americanos para detener la invasión de la nueva ideología burguesa en la misma península. Los propietarios de la minas están dispuestos a cooperar y, amparándose en la religión, apoyan a ésta y al sistema monárquico europeo, y contribuyen económicamente y con generosidad para restablecer la armonía del *Antiguo Régimen*; los yolomberos rezan por la restauración inmediata de la monarquía gala y hacen grandes misas acompañadas de cuantiosas donaciones auríferas para la Iglesia y para la Corona: “Yolombó ha acudido al llamado de su soberano. Oro para la guerra, oraciones para el triunfo de su causa” (444).

El contexto escénico—temporal de La Marquesa de Yolombó es lo que resta de la vieja e inicial triangulación comercial interatlántica peninsular: España--África—América. Los imperios noreuropeos, después de imitar este triángulo comercial, lo superaron con barcos más grandes y adecuados para estibar más africanos como mercancías en sus perchas estrechas. Consecuentemente, con la innovación constante de las técnicas náuticas que exigía el crecimiento imparable, acelerado y, ante todo, lucrativo del tráfico de esclavos, al llegar el Siglo de las Luces, se puede asegurar que la trata era casi un monopolio inglés. Las riquísimas minas de Yolombó necesitaban constantemente de las manos esclavas pero, aunque sólo Cartagena de Indias tenía la autoridad de recibir y vender esclavos, en el último siglo de la época colonial era mucho más eficaz obtenerlos de contrabando. Esta relación espacio—temporal es muy significativa para la novelización de la intrincada realidad histórico—literaria; relación que se integra y se desintegra al vaivén del discurso imperial. La cronología de la novela, que comprende entre mediados del siglo XVIII y tercera década del XIX, coincide con uno de los períodos más importantes y contradictorios de *Nuestra América*, pienso en Martí. Hacia 1827, pocos años después de la Independencia, la Marquesa (personaje histórico) como semejando al dios Jano, desde su rincón atlántico, como una alegoría, se queda petrificada en el tiempo y en el espacio mirando simultáneamente el pasado glorioso de un imperio y el futuro caótico de sus partes: decrepita y anciana, con una ternura casi amorosa, sigue recordando a su Rey y, con una singular fidelidad casi canina, no deja de reconocerlo como el único soberano y gobernante legítimo de su inmenso imperio transatlántico perdido para siempre. La ideología decadente del criollo realista la recrea el narrador por medio de la entrañable

lealtad al Rey y el fanatismo casi religioso y enfermizo que la Marquesa conserva con firmeza y humildad:

Su amor al Rey, lejos de amenguar con la Independencia americana, se acendra más y más [...]. En nuestras contiendas políticas, en la ruina de Yolombó, en la dispersión y muerte de tantos conocidos [...] veía un castigo de Dios por ese atentado que echaba por tierra el gobierno divino de su Majestad” (460).

El segundo punto del contacto tricontinental imperial es Cartagena de Indias. Ésta se distinguió durante todo el período colonial como la bisagra clave que conectaba el comercio sudamericano y el peninsular. Yolombó no tenía otro acceso al Caribe, desde Cartagena zarpaba el oro yolombero hacia la metrópolis y, en sentido contrario, llegaban a las costas cartageneras los barcos con la codiciada y tan esperada carga de esclavos, además, traían las escasas mercancías que producía España. Irónicamente, cuando la enmarquesada criolla decide viajar a la Península para conocer en persona a su idealizado Rey, comienza la decadencia tanto de la Marquesa como la de Yolombó, cual si fuese una premonición del desplome imperial español.

África complementó el tercer vértice del triángulo comunicacional interatlántico del nuevo orden socio—económico que se implantaría en América por casi cuatro siglos. El grupo afro estuvo presente desde el mismo día en que zarpó la simbólica flota trinitaria para atravesar el *Mare Ignotum*, hasta entonces era un mar de poca importancia para Europa. Según Rolando Mellafe, “el descendiente de africano vino con el blanco: Alonso el Prieto, piloto de la Niña, era mulato” (15). La sistemática explotación esclavista, sin la cual la extracción del oro yolombero hubiese sido imposible, no concluyó con la tal Independencia, perduraría en América hasta 1888. Esta noción inestable de libertad tiene su raíz en las ambivalencias ideológicas de la época. La misma Marquesa refleja tales contradicciones, a pesar de ser muy religiosa y de ser un paradigma criollo de la monarquía, se declara en contra de la trata de esclavos: “Nuestro Señor Jesucristo no les mandó que se robaran a nadie de su tierra ni que los esclavizaran y vendieran. [...] El puesto de cada cual es donde lo puso Dios. Por eso, deben dejar a los negros en su África” (405-413). De ahí que sea perentorio aceptar que la realidad pretérita esclavista, que parece habersele caído de la memoria al *Atlántico Blanco*, no sólo es correlativa con el desarrollo acelerado del capitalismo nortransatlántico, primordialmente, a partir de la *Ilustración*, sino que, sin América y sin África, Europa se habría tardado unos siglos más para lograr su admirable progreso científico, cultural y económico de los cuales tanto se vanagloria Occidente en la actualidad.

La participación de España en el desarrollo del capitalismo fue muy pasiva o nula, cómodamente se quedó sentada en la antesala del nuevo orden; prefería usufructuar las riquezas producidas por la economía obsoleta que con la Conquista había traído a América. Desde Cartagena de Indias se enviaba sin cesar el oro yolombero hacia la península, pero los piratas nórdicos siempre estaban al acecho de los codiciados galeones cuando cruzaban el Atlántico. De regreso llegaban productos banales que no satisfacían las necesidades de las extensas colonias americanas, pues, España carecía de industrias capaces de competir con los productos noreuropeos, hasta



carecía de la trata de esclavos, ya sólo se limitaba a comprarlos. El micro mundo yolombero es un reflejo sarcástico y certero de la decadencia española: “Yolombó era un garito de su Majestad, en donde se jugaba a las minas; los gariteros sacaban buena cancha y vendían a los tahúres todo lo valioso que de España se importaba” (93). Tales como “guitarras y panderetas, cornucopias, crucifijos y tablas de santos, damascos, alfombras y holandas, joyas y todas las galas y arrequives de gran lujo y última usanza” (192). (El subrayado es de Carrasquilla).

En las colonias, el crecimiento poblacional y las rivalidades socio—económicas entre criollos y peninsulares, a la sazón, eran muy tensas, inevitables e incontrolables; ya era demasiado tarde para que el imperio cambiara su sistema anacrónico o, al menos, para que lo actualizara. Por lo demás, el dominio inglés de las rutas comerciales transatlánticas era absoluto, y su imparable y acelerada acumulación de capital le permitía comenzar la primera etapa de la *revolución industrial*, las potencias norteñas estaban muy por encima del viejo sistema regresivo y semifeudal de España y, lo más grave, en las postrimerías del imperio, Fernando VII todavía no se resignaba a perder sus colonias, ni siquiera a transar con ellas. Con sorna el narrador señala el empecinamiento ridículo del soberbio monarca: “De comercio e industrias, Dios librará a sus colonos ambiciosos. El Rey no permitía la competencia más mínima a los artículos de su España, cuyo monopolio cedía a quien mejor se lo pagase” (92). Pero la realidad comercial interatlántica era muy diferente a la de los siglos anteriores, los súbditos americanos ya habían aprendido a autoabastecerse y a burlar sin dificultades las imposiciones y los controles del permeable monopolio Real. Si en algo tiene razón Carlos Marx es que: “Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material” (19).

Al compendiar nuestra lectura, primero señalaremos que la elasticidad temporal del ubicuo mundo yolombero y la mixtura del elenco de La Marquesa de Yolombó se funden en su personaje central: la histórica Marquesa criolla de Yolombó quien vive y muere en el pasado abstraída totalmente de la nueva realidad circundante. Su paroxismo por el pretérito glorioso obnubila su percepción, todo ha sucumbido para ella; el presente personal como el presente histórico no existen para la extemporánea Marquesa moribunda que ya medio senil, sin haber cruzado nunca el Atlántico, sin haber conocido en persona a su idealizado monarca, y sin haber vivido jamás en su utópica España transatlántica, muere fiel a la vieja ideología agonizante de la península. El final apocalíptico de la novela es una refracción alegórica que conjuga la desintegración imperial española con el fin caricaturesco de la colonia y su Marquesa anacrónica. En esta conjugación se basa Carrasquilla para elucubrar su arte narrativo, conspicuamente sabe sacarle provecho al combinatorio caos familiar e histórico, y con enjundia estética termina y rubrica su novela con una suerte de catarsis socio—literaria.

Y segundo, señalaremos que Yolombó trasciende su propio entorno montañoso y temporal allende sus fronteras para reivindicar su lugar justo en las relaciones interatlánticas y así repeler el concepto discriminante del discurso nortransatlántico de la modernidad; con su historicidad limpia el olvido y retoma su importancia transatlántica, y con su literaturización se transforma en el referente clave, concreto y directo de un pueblo mítico de la literatura colombiana y, por antonomasia,

latinoamericana ¿y por qué no transatlántica? Evidentemente, me estoy refiriendo al Macondo mítico de Cien años de soledad. Si en el Yolombó colonial todo se perdió en un premonitorio y agotado torbellino aurífero, esclavista y señorial, años después, en su vástago Macondo, al igual que el ave Fénix, Yolombó revive para retomar su *locus* atlántico, aunque haya perecido con su oro y su Marquesa bajo el bullicio de las batallas de la Independencia y bajo los ecos sangrientos de la transatlántica Revolución Francesa. Macondo deviene contrapartida de la monopolización del Atlántico porque su progenitor geo-histórico-literario es inherente a tal océano y, aunque Macondo desaparece con el último de los rocambolescos Buendía (360), tácitamente, al ser el hijo de una especificidad geo-histórica, no perece por ser la representatividad del cálido Caribe y así reclama su fáctica pertenencia atlántica. Tomás Carrasquilla crea una ficción para incluir al *otro* en el inmemorial devenir histórico de todas las realidades atlánticas del pasado, del presente y del futuro, i. e., las conquistas, los colonialismos, la esclavitud y la eterna pobreza a costas del Sísifo moderno conforman la alteridad ineludible de la noción exclusivista de los álgidos estudios nortransatlánticos.

### Bibliografía

Anderson Imbert, Enrique. Historia de la literatura hispanoamericana. México: Fondo de cultura económica, 1954. Print.

Arciniegas, Germán. Biografía del Caribe. México: Editorial Porrúa, 1983. Print.

Aristóteles. La política. Barcelona: Editorial Vosgos, 1975. Print.

Bailyn, Bernard. Atlantic History: Concepts and Contours. Cambridge: Harvard University Press, 2005. Print.

Bosch, Juan. De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe, frontera imperial. La Habana: Casa de las Américas, 1981. Print.

Carrasquilla, Tomás. La Marquesa de Yolombó. Bogotá: Alfaguara, 2008. Print.

Fuentes, Carlos. El espejo enterrado. México: Fondo de cultura económica, 1992. Print.

- García Márquez, Gabriel. Cien años de soledad. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1967. Print.
- Gilroy, Paul. The Black Atlantic: Modernity and the Double Consciousness. Cambridge: Harvard University Press, 1993. Print.
- Levi, Kurt. Vida y obra de Tomás Carrasquilla. Medellín: Editorial Bedout, 1958. Print.
- Mann, Charles C. 1491 New Revelations of the Americas Before Columbus. New York: Vintage Books, 2006. Print.
- Martí, José. En las entrañas del monstruo. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1984. Print.
- Martínez, Elizabeth Coonrod. Before the Boom: Latin American Revolutionary Novels of the 1920s. New York: University Press of America, 2001. Print.
- Marx, Carlos and Federico Engels. La ideología alemana. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1978. Print.
- Mejía Luque, Jaime. Tomás Carrasquilla: imagen de un mundo. Medellín: Editorial Lealon, 1983. Print.
- Mellafe, Roland. Breve historia de la esclavitud en América Latina. México: Sep/Setentas, 1973. Print.
- Merediz, Eyda M. y Nina Gerasi-Navarro. “Confluencias de lo transatlántico y lo latinoamericano.” *Revista Iberoamericana* 228 (2009): 605-636. Print.
- Miller, Marilyn Grace. Rise and Fall of the Cosmic Race: the Cult of Mestizaje in Latin America. Austin: University of Texas Press, 2004. Print.
- Pastor, Beatriz. Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia. Hanover: Ediciones del Norte, 1988. Print.

Ripol, Carlos. Conciencia intelectual de América. Segunda edición. New York: Las Américas Publishing Company, 1970. Print.

Wade, Peter. Race and Ethnicity in Latin America. London: Pluto Press, 1997. Print.